EL PAPA

Un aposento en el Vaticano. El Papa Urbano VIII, ex Cardenal Barberini, recibe al Cardenal Inquisidor mientras lo visten. Desde afuera se oye el paso furtivo de muchos pies.

EL PAPA *(en voz alta)*: ¡No, he dicho que no!
EL INQUISIDOR: ¿Entonces Vuestra Santidad quiere comunicar a los doctores de todas las facultades, a los representantes de todas las Santas Órdenes y del clero aquí reunidos que las Escrituras no pueden ya ser tomadas por ciertas? ¿A ellos, que con su infantil creencia en el Verbo Divino han venido a escuchar de Vuestra Santidad la confirmación de su fe?
EL PAPA: ¡No ordenaré hacer trizas las tablas de cálculos! ¡No!
EL INQUISIDOR: Esa gente dice que se trata de tablas de cálculos y no de un espíritu de rebelión y de duda. Pero no son las tablas de cálculos, es la aterradora inquietud que han diseminado por la Tierra. Es la inquietud de sus propias mentes que trasmiten a la Tierra inmóvil. Ellos gritan: ¡los números nos obligan! Pero, ¿de dónde vienen sus números? Todos saben que vienen de la incredulidad. Esos hombres dudan de todo. ¿Debemos acaso fundar la sociedad humana en la duda y no más en la fe? "Tú eres mi señor, pero yo dudo si eso está bien." "Ésa es tu casa y tu mujer, pero yo me pregunto si acaso no pueden ser los míos." Por otra parte, el amor que profesa Vuestra Santidad por las artes, al que debemos tantas hermosas colecciones, es pagado con comentarios injuriosos como los que se leen en los frentes de las casas de Roma. "Lo que los bárbaros dejaron a Roma, se lo roban los Barberini." ¿Y en el extranjero? Dios decidió someter a severas pruebas a nuestra Sede. La política de Vuestra Santidad en

España no es comprendida por los hombres de poco entendimiento, así como es lamentado vuestro conflicto con el Emperador. Desde hace tres lustros Alemania es una carnicería. La gente se acuchilla con citas de la Biblia en los labios. Y ahora que después de la peste, de la guerra y de la reforma sólo quedan algunos puñados de la cristiandad, cunde por Europa el rumor de que Vuestra Santidad ha concertado con la Suecia luterana una alianza secreta para debilitar al católico Emperador. Y en este momento, esos gusanos de matemáticos enfilan esos tubos al cielo y comunican al mundo que Vuestra Santidad está equivocada aquí, en el único lugar que todavía nadie le disputa. Uno podría preguntarse: ¿por qué este interés repentino en una ciencia tan apartada como la astronomía? ¿No es acaso indiferente para nosotros la forma en que giran esas esferas? Pero en toda Italia no hay nadie, hasta el último palafrenero, que no hable —a causa del ejemplo dado por ese florentino— de las fases de Venus, y al mismo tiempo no deje de pensar en tantas de esas cosas que se les señalan como indiscutibles en escuelas y otros lugares y que tan incómodas son. ¿Qué pasaría si todos esos débiles de la carne e inclinados a cualquier exceso creyesen sólo en la propia razón que ese loco define como la única instancia? Desde que navegan —no tengo nada en contra de ello— ponen su confianza en una esfera de latón que llaman el compás, y no en Dios. Ese Galilei, ya de jovenzuelo, escribió sobre las máquinas. ¿Con máquinas quieren hacer milagros? ¿Qué clase de milagros? De todos modos ya no necesitan más a Dios, pero ¿qué clase de milagros serán ésos? Por ejemplo, no existirá más un arriba y un abajo. Ya no lo necesitan. Aristóteles es para ellos un perro muerto, pero de él citan esta frase: "Si la lanzadera tejiera por sí sola y la púa tocara la cítara por sí misma, los señores no necesitarían ya siervos ni los maestros artesanos, operarios." Y ellos piensan haber llegado ya a eso. El miserable sabe bien lo que hace cuando publica sus trabajos de astronomía en el idioma de las pescaderas y de los comerciantes de lana y no en latín.
EL PAPA: Eso indica un gusto muy malo, ya se lo diré.

EL INQUISIDOR: Galilei provoca a unos y corrompe a los otros. Las ciudades marítimas del norte italiano exigen cada vez con más insistencia para sus buques los planisferios celestes del señor Galilei. Y tendremos que permitírselos, son intereses materiales.

EL PAPA: Pero esos planisferios se basan en sus opiniones heréticas. Se trata precisamente de los movimientos de esas estrellas que no tendrían lugar si se rechaza su teoría. No se puede contentar a la teoría y utilizar los planisferios al mismo tiempo.

EL INQUISIDOR: ¿Por qué no? No podemos hacer otra cosa.

EL PAPA: Ese ruido de pasos me pone nervioso. Discúlpeme si no puedo evitarlo.

EL INQUISIDOR: Tal vez le dirán más de lo que yo puedo, Vuestra Santidad. ¿Deben marcharse todos ellos con la duda en el corazón?

EL PAPA: Al fin y al cabo el hombre es el físico más grande de esta época, la luz de Italia, y no un iluso cualquiera. Y tiene amigos: ahí está Versalles, ahí está la corte de Viena. Todavía son capaces de calificar a la Santa Iglesia de sumidero de prejuicios podridos. ¡Que no se le toque un pelo!

EL INQUISIDOR: Prácticamente no se necesitará hacer mucho con él. Es un hombre de la carne. En seguida se doblará.

EL PAPA: Galilei conoce más placeres que cualquier otro. Piensa de puro sensualismo. No podría negarse ni a un nuevo pensamiento ni a un viejo vino. Yo no quiero la condenación de los principios de la física, ni gritos de batalla como: "¡Viva la Iglesia!" y "¡Viva la razón!" He autorizado su libro siempre que expresara la opinión de que la última palabra no la tiene la ciencia sino la fe. Y él ha cumplido.

EL INQUISIDOR: Sí, ¿pero de qué manera? En su libro disputan un imbécil, que por supuesto representa los puntos de vista aristotélicos, y un hombre inteligente que, naturalmente, representa las ideas del señor Galilei. Y la observación final, ¿quién la expresa?

EL PAPA: ¿Qué, otra cosa más? ¿Quién expresa nuestro pensamiento?

EL INQUISIDOR: El inteligente no.

EL PAPA: ¡Es una desfachatez! Ese pataleo en los corredores es insoportable. ¿Ha venido acaso el mundo entero?

EL INQUISIDOR: No todo, pero su mejor parte. *(Pausa. El Papa está ahora con todos los ornamentos pontificios.)*

EL PAPA: A lo sumo que se le muestren los instrumentos.

EL INQUISIDOR: Eso bastará, Vuestra Santidad. El señor Galilei entiende de instrumentos.

22 DE JUNIO DE 1633: GALILEO GALILEI REVOCA ANTE LA INQUISICIÓN SU TEORÍA DEL MOVIMIENTO DE LA TIERRA.

En el palacio de la Legación florentina en Roma, los discípulos de Galilei esperan noticias. El pequeño monje y Federzoni juegan con amplios movimientos al nuevo ajedrez. En un rincón, Virginia, de rodillas, reza la salutación angélica.

EL PEQUEÑO MONJE: El Papa no lo ha recibido. Todo ha terminado.

FEDERZONI: Su última esperanza. Era verdad lo que le dijo hace años, en Roma, cuando era el cardenal Barberini: nosotros lo necesitamos. Ahora ahí lo tienen.

ANDREA: Lo matarán.

FEDERZONI *(lo mira de reojo)*: ¿Crees tú?

ANDREA: No se retractará jamás. *(Pausa.)*

EL PEQUEÑO MONJE: Cuando de noche no se puede tomar el sueño uno se empeña siempre en pensamientos totalmente secundarios. Anoche, por ejemplo, pensé continuamente: él nunca hubiera tenido que marcharse de la República de Venecia.

ANDREA: Ahí no podía escribir su libro.

FEDERZONI: Y en Florencia no podía publicarlo. *(Pausa.)*

EL PEQUEÑO MONJE: Pensé también si le habrían dejado su piedrecilla, esa que siempre lleva consigo en el bolsillo. La piedra de sus pruebas.

FEDERZONI: Ahí donde lo llevan se va sin bolsillos.

ANDREA *(gritando)*: No se atreverán. Y aunque lo hagan, él no se retractará. "Quien no sabe la verdad sólo es un estúpido, pero quien la conoce y la llama mentira es un criminal."

FEDERZONI: Si él llegara a hacerlo, no quisiera seguir viviendo... Pero ellos hacen uso de la violencia.

ANDREA: Con la violencia no se logra todo.

FEDERZONI: Tal vez no.

EL PEQUEÑO MONJE: Ayer fue sometido al gran interrogatorio. Y hoy es la sesión. *(En vista de que Andrea escucha, continúa en voz alta.)* Cuando aquella vez lo visité, dos días después del decreto, estuvimos sentados allí enfrente y él me señaló el pequeño Príapo cerca del reloj de sol, en el jardín. Desde aquí se puede ver. Comparó su obra con una poesía de Horacio en la que tampoco se puede cambiar nada. Habló sobre un sentido de la belleza que lo obliga a buscar la verdad. Y aludió al lema: *Hieme et aestate, et prope et procul, usque dum vivam et ultra.* Se refería a la verdad.

ANDREA *(al pequeño monje)*: ¿Le contaste cuando estaba en el Colegio Romano mientras los otros examinaban su anteojo? Cuéntale. *(El pequeño monje hace un signo negativo con la cabeza.)* Se comportó igual que siempre. Tenía las manos sobre las nalgas, sacaba la barriga para afuera y decía: yo les ruego ser razonables, señores míos. *(Imita, riendo, a Galilei. Pausa. Aludiendo a Virginia.)* Implora para que se retracte.

FEDERZONI: Déjala. Está completamente perturbada desde que ellos le hablaron. Han hecho venir a su padre confesor desde Florencia. *(Entra el individuo del palacio del Gran Duque de Florencia.)*

EL INDIVIDUO: El señor Galilei estará pronto aquí. Necesitará una cama.

FEDERZONI: ¿Lo han soltado?

EL INDIVIDUO: Se espera que el señor Galilei se retractará a las cinco en una sesión de la Inquisición. Se escuchará la gran campana de San Marcos y se leerá públicamente el texto de la retractación.

ANDREA: No lo creo.

EL INDIVIDUO: A causa de la aglomeración de gente en las calles, el señor Galilei será traído a través del portón del jardín trasero del palacio. *(Se va.)*

ANDREA *(de improviso en voz alta)*: ¡La Luna es una Tierra y no tiene luz propia! ¡Y tampoco Venus tiene luz propia y es como la Tierra y gira alrededor del Sol! ¡Y cuatro satélites giran en torno a Júpiter que se encuentra a la altura de las estrellas fijas y no está unido a ningún anillo! ¡El Sol es el centro del Universo y está inmóvil en su sitio, y la Tierra no es su centro ni se halla inmóvil! ¡Y él es quien nos ha demostrado todo eso!

EL PEQUEÑO MONJE: Por la violencia no se puede hacer invisible lo que ya se ha visto. *(Silencio.)*

FEDERZONI *(mira el reloj de sol en el jardín)*: Las cinco. *(Virginia r za más fuerte.)*

ANDREA: ¡No puedo esperar más! ¡Ésos son capaces de descabezar hasta a la verdad! *(Se tapa las orejas, el pequeño monje lo imita. Pero la campana no suena. Luego de una pausa en la que sólo se escucha el piadoso murmullo de Virginia, Federzoni mueve la cabeza negativamente. Los otros dejan caer los brazos.)*

FEDERZONI *(ronco)*: Nada. Las cinco y tres minutos.

ANDREA: ¡Se resiste! ¡Oh, dichosos de nosotros!

EL PEQUEÑO MONJE: No se retracta.

FEDERZONI: No. *(Se abrazan, son más felices.)*

ANDREA: Quiere decir que con la violencia no se puede lograr todo. Quiere decir: se puede también vencer la insensatez, que no es invulnerable. Quiere decir: ¡el hombre no teme a la muerte!

FEDERZONI: Ahora comienza realmente la era del saber. Ésta es la hora de su nacimiento. ¡Pensad si él se hubiera retractado!

EL PEQUEÑO MONJE: No lo dije, pero estaba muy preocupado. Yo, hombre de poca fe.

ANDREA: ¡Pero yo lo sabía!

FEDERZONI: Hubiera sido como si después del amanecer llegara de nuevo la noche.

ANDREA: O como si la montaña hubiese dicho: yo soy agua.

EL PEQUEÑO MONJE *(se arrodilla llorando)*: ¡Señor, te agradezco!

ANDREA: Ahora todo es distinto. El hombre, el martirizado, levanta su cabeza y dice: yo puedo vivir. Y todo se ha ganado cuando sólo uno se levanta y dice: ¡no! *(En ese momento la campana de San Marcos comienza a resonar. Todos quedan paralizados.)*

VIRGINIA *(se levanta)*: ¡La campana de San Marcos! ¡No está condenado! *(Desde la calle se oye la lectura de la retractación de Galilei.)*

UNA VOZ: "Yo, Galileo Galilei, maestro de matemáticas y de física en Florencia, abjuro solemnemente lo que he enseñado, que el Sol es el centro del mundo y está inmóvil en su lugar, y que la Tierra no es su centro y no se halla inmóvil. Abjuro, maldigo y abomino con honrado corazón y con fe no fingida todos esos errores y herejías, así como también todo otro error u opinión que se oponga a la Santa Iglesia." *(Oscurece. Cuando la escena se aclara nuevamente todavía resuena la campana, que luego calla. Virginia ha salido. Los discípulos de Galilei están todavía allí.)*

FEDERZONI: Nunca te pagó un centavo por tu trabajo. Ni pudiste comprar un pantalón ni tampoco te fue posible publicar algo por tu cuenta. Eso lo sufriste "porque se trabajaba por la ciencia".

ANDREA *(en voz alta)*: ¡Desgraciada la tierra que no tiene héroes! *(Galilei ha entrado, totalmente cambiado por el proceso, casi irreconocible. Espera algunos minutos en la puerta por un saludo. Al ver que esto no ocurre porque sus discípulos lo rehuyen, se dirige hacia adelante, lento e inseguro a causa de su vista defectuosa. Allí encuentra un banco donde se sienta.)* No quiero verlo. Que se vaya.

FEDERZONI: Tranquilízate.

ANDREA *(le grita a Galilei en la cara)*: ¡Borracho! ¡Tragón! ¿Salvaste tu tripa, eh?

GALILEI *(tranquilo)*: ¡Denle un vaso de agua! *(El pequeño monje trae desde afuera un vaso de agua a Andrea. Federzoni atiende a Galilei que escucha, sentado, la voz que afuera lee de nuevo su retractación.)*

ANDREA: Ya puedo caminar de nuevo si me ayudan un poco. *(Lo acompañan hasta la puerta. En ese momento, Galilei comienza a hablar.)*

GALILEI: No. Desgraciada es la tierra que necesita héroes *(Lectura delante del telón.)*

¿No es claro acaso que un caballo que cae de una altura de tres o cuatro varas puede romperse las patas, mientras que un perro no sufre ningún daño? Lo mismo ocurre con un gato que cae de ocho o diez varas de altura, con un grillo de una torre o con una hormiga que cayera de la luna. Y así como los animales pequeños son, en proporción, más fuertes y vigorosos que los grandes, de la misma manera las pequeñas plantas son más resistentes. Un roble con una altura de doscientas varas no podría sostener, en proporción, las ramas de un roble más pequeño; así como la naturaleza no puede hacer crecer un caballo tan grande como veinte caballos o un gigante diez veces mayor que el tamaño normal sin que tenga que cambiar las proporciones de todos los miembros, especialmente de los huesos, que deberían en ese caso ser reforzados en una medida mucho mayor que su tamaño proporcional. La opinión general de que las máquinas grandes y pequeñas tienen la misma resistencia es evidentemente errónea.

Galilei, "Discorsi"

1633-1642. GALILEO GALILEI VIVE HASTA SU MUERTE EN UNA CASA DE CAMPO EN LAS CERCANÍAS DE FLORENCIA, COMO PRISIONERO DE LA INQUISICIÓN. LOS "DISCORSI".

Una habitación grande. Una mesa, sillón de cuero y un globo terráqueo. Galilei, ya anciano y casi ciego, experimenta atentamente con una pequeña bola de madera y un riel curvo. En la antesala se halla sentado un monje, de guardia. Llaman a la puerta. El monje abre y entra un campesino con dos gansos desplumados. Virginia viene de la cocina. Cuenta ya casi cuarenta años de edad.

EL CAMPESINO: Tengo que entregarlos aquí.

VIRGINIA: ¿De parte de quién? Yo no encargué gansos.

EL CAMPESINO: Tengo también que decir: de alguien que está de paso por aquí. *(Se va. Virginia mira los gansos con sorpresa. El monje se los quita de la mano y los investiga con desconfianza. Luego se los devuelve tranquilizado. Ella, tomándolos por el pescuezo, se los lleva a Galilei, a la otra habitación.)*

VIRGINIA: Alguien que estaba de paso te ha enviado un regalo.

GALILEI: ¿Qué es?

VIRGINIA: ¿No los puedes ver?

GALILEI: No. *(Se aproxima.)* Gansos. ¿Hay algún nombre ahí?

VIRGINIA: No.

GALILEI *(toma uno de los gansos)*: Pesado. Podría comer todavía un poco de esto. Prepáralos con tomillo y manzanas.

VIRGINIA: ¡Pero si no puedes tener hambre! Acabas de cenar. ¿Qué te pasa de nuevo con los ojos? Desde la mesa deberías alcanzar a verlos.

GALILEI: Es que tú estabas en la sombra.

VIRGINIA: No, no estoy en la sombra. *(Se lleva los gansos. Al monje.)* Tenemos que buscar al oculista. Mi padre no pudo distinguir los gansos desde la mesa.

EL MONJE: Primero necesito el permiso de Monseñor Carpula. ¿Escribió alguna cosa otra vez?

VIRGINIA: No. Su libro me lo dictó a mí, bien lo sabe. Usted tiene las páginas 131 y 132 y ésas fueron las últimas.

EL MONJE: Es un viejo zorro.

VIRGINIA: Él no hace nada en contra de las disposiciones. Su arrepentimiento no es disimulado, yo lo observo. *(Le da los gansos.)* Diga en la cocina que los hígados los guisen con una manzana y una cebolla. *(Vuelve a la habitación de Galilei.)* Y ahora atendamos a nuestros ojos y terminemos rápido con esa bola. Díctame un poco más para nuestra carta semanal al Arzobispo.

GALILEI: No me siento muy bien. Léeme a Horacio.

VIRGINIA: La semana pasada me contó Monseñor Carpula, a quien tanto debemos, que el Arzobispo siempre se interesa por saber si te gustaron o no las preguntas y citas que él te envía. *(Se ha sentado como para recibir el dictado.)*

GALILEI: ¿Hasta dónde había llegado?

VIRGINIA: Párrafo cuarto: en lo relativo a la posición de la Santa Iglesia frente a los disturbios en el Arsenal de Génova, estoy en un todo de acuerdo con el comportamiento del Cardenal Spoletti contra los cordeleros rebeldes de Venecia...

GALILEI: Sí. *(Dictando.)* ...Estoy en un todo de acuerdo con el comportamiento del Cardenal Spoletti contra los cordeleros rebeldes, es decir, que mejor es repartir buenas sopas fortificantes en nombre del cristiano amor al prójimo que pagarles más a ellos por sus cuerdas para campanas. Porque me parece más sabio fortalecer su fe y no su codicia. San Pablo dice: la caridad no falla nunca. ¿Qué te parece?

VIRGINIA: Maravilloso, padre.

GALILEI: ¿No crees que ahí podría tomarse algo como una ironía?

VIRGINIA: No, el Arzobispo se pondrá muy contento. ¡Él es tan práctico!

GALILEI: Confío en tu opinión. ¿Qué viene después?

VIRGINIA: Un proverbio magnífico: "Cuando débil soy, soy fuerte."

GALILEI: Sin comentario.

VIRGINIA: ¿Por qué no?

GALILEI: ¿Qué viene después?

VIRGINIA: "Y conocer también aquel amor de Cristo hacia nosotros que sobrepasa a todo conocimiento." San Pablo a los Efesios, III, 19.

GALILEI: En especial agradezco a Vuestra Eminencia por la magnífica cita de la carta a los Efesios. Movido por ella encontré en nuestra inimitable "Imitatio" lo siguiente. *(Cita de memoria.)* "Aquel a quien habla el Verbo Divino quedará libre de muchas preguntas." ¿Me permite hablar aquí de mi propia persona? Todavía hoy se me reprocha que en una ocasión publiqué un libro sobre los astros del cielo en el idioma de la calle. Allí no tuve la intención de mostrar mi aprobación para que los libros sobre un tema mucho más importante, como la teología, fueran escritos en la jerga de los pasteleros. No me parece muy eficaz el argumento de que tiene que continuarse con el uso del latín en los oficios divinos para que, por medio de la universalidad del idioma, todos los pueblos puedan oír la Santa Misa de la misma manera. Y creo esto porque los blasfemadores, nunca tímidos, podrían alegar que de esa manera ninguno de los pueblos entiende el texto de la Misa. Yo renuncio con mucho gusto a la comprensión barata de las cosas sagradas. El latín de los púlpitos, que defiende la eterna verdad de la Iglesia contra la curiosidad de los ignorantes, despierta confianza cuando es hablado con el acento de sus respectivos dialectos por los sacerdotes hijos de las clases bajas... No, táchalo.

VIRGINIA: ¿Todo?

GALILEI: Todo desde los cordeleros. *(Llaman a la puerta. Virginia se dirige a la antesala. El monje abre. Es Andrea Sarti. Este es ahora un hombre de mediana edad.)*

ANDREA: Buenas noches. Me encuentro en viaje rumbo a Holanda, en donde me dedicaré a trabajos científicos. Me solicitaron que pasara por aquí para visitarlo y de esa manera poder informar allá sobre él.
VIRGINIA: No sé si querrá recibirte. Tú nunca viniste.
ANDREA: Pregúntale. *(Galilei ha reconocido la voz. Permanece sentado, inmóvil. Virginia entra de nuevo.)*
GALILEI: ¿Es Andrea?
VIRGINIA: Sí.
GALILEI *(después de una pausa)*: Hazlo pasar. *(Virginia hace pasar a Andrea.)* Déjame solo con él, Virginia.
VIRGINIA: Quiero oír lo que cuenta. *(Se sienta.)*
ANDREA *(frío)*: ¿Cómo está usted?
GALILEI: Siéntate. ¿Qué haces? Cuéntame algo de tu trabajo. He oído decir que te dedicas a la hidráulica.
ANDREA: Fabricio de Amsterdam me ha encargado de preguntar por su salud. *(Pausa.)*
GALILEI: Me encuentro bien.
ANDREA: Me alegro de poder informar que se encuentra bien.
GALILEI: Fabricio se pondrá contento de oírlo. Y puedes también informarle que no vivo mal. Por mi arrepentimiento tan profundo me he ganado el beneplácito de mis superiores en tal forma que hasta me han permitido emprender estudios científicos de limitada importancia bajo control del clero.
ANDREA: En efecto, también llegó a nuestros oídos que la Iglesia está contenta con usted. Su total sumisión ha dado buenos resultados. Se asegura que las autoridades han comprobado con satisfacción que desde que usted se sometió no se ha publicado en toda Italia ninguna obra con nuevas teorías.
GALILEI *(mirándolo de reojo)*: Por desgracia hay países que se sustraen a la vigilancia de la Iglesia. Me temo que las teorías condenadas puedan seguir siendo estudiadas allá.
ANDREA: También allá tuvo lugar un retroceso, satisfactorio para la Iglesia, a causa de su retractación.
GALILEI: ¿Sí? *(Pausa.)* ¿Y qué hay de Descartes en París?
ANDREA: Que al saber la noticia de su retractación archivó su tratado sobre la naturaleza de la luz. *(Larga pausa.)*

GALILEI: Me preocupa el haber guiado a algunos amigos científicos por la senda del error. ¿Han aprendido algo ellos de mi retractación?
ANDREA: Para poder trabajar científicamente tengo pensado dirigirme a Holanda. Lo que Júpiter no se permite tampoco se tolera al buey.
GALILEI: Comprendo.
ANDREA: Federzoni pule de nuevo lentes en una tienda milanesa cualquiera.
GALILEI *(ríe)*: Él no sabe latín. *(Pausa.)*
ANDREA: Fulganzio, nuestro pequeño monje, renunció a la investigación y ha regresado al seno de la Iglesia.
GALILEI: Sí. *(Pausa.)* Mis superiores aguardan con ansiedad mi regeneración espiritual. Estoy haciendo mejores progresos de lo que se podía esperar.
ANDREA: Oh.
VIRGINIA: Alabado sea el Señor.
GALILEI *(rudo)*: Véte a mirar los gansos, Virginia. *(Virginia sale furiosa. En el camino, el monje le habla.)*
EL MONJE: Esa persona me desagrada.
VIRGINIA: Es inofensivo. Antes era su alumno y ahora no puede ser otra cosa que su enemigo. *(Al proseguir su camino.)* Hoy recibimos queso. *(El monje la sigue.)*
ANDREA: Viajaré toda la noche para atravesar mañana temprano la frontera. ¿Puedo retirarme?
GALILEI: No sé para qué has venido. ¿Tal vez para asustarme? Vivo y pienso con precaución desde que estoy aquí. Claro que tengo mis recaídas.
ANDREA: No quisiera perturbarlo, señor Galilei.
GALILEI: Barberini lo llamaba la sarna. Él mismo no estaba libre de ella. He vuelto a escribir.
ANDREA: ¿Qué?
GALILEI: He terminado los "Discorsi".
ANDREA: ¿Los Discursos en torno a dos nuevas ciencias: la mecánica y las leyes de gravitación? ¿Aquí?
GALILEI: Oh, sí, me dan papel y pluma. Mis superiores no son tontos. Ellos saben que los vicios arraigados no se pueden